

MOCASÍN DEL 45

Iruene Ayur
@iruene.ayur_

Carles caminaba encorvado sobre sí mismo, como un chupachups de Coca-Cola sin envoltorio. Iba de marrón, el pelo marrón, la piel marrón, los ojos marrón. Lo único que destacaba de aquella vista era el brillo en el blanco que circuncidaba a su iris, como el reflejo de la luz sobre la cubierta azucarada del chupete. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta de tal forma que la imagen continuaba intacta hasta llegar al bajo del pantalón y descubrir que le quedaba tres centímetros por encima del pliegue de la articulación del tobillo. Aparecían entonces dos pares de calcetines, puestos uno encima del otro, en tono blanco desgastado, que se escabullían de la sujeción del zapato, y que resaltaban por su larga exposición al mundo. Lo que pasó después sucedió todo muy rápido, así que haré mi mejor esfuerzo para contarle tal y como pasó sin dejarme ningún detalle.

Carles pisó en el escalón del bar La Gaviota y le bailó el pie, pero fue más como una exoneración de responsabilidades del tejido muscular, luego su callo de escritor conoció de la forma menos elegante posible la aleación de bronce y níquel del lado derecho de la entrada, y como si estuviese sentado en el cine Víctor viendo una comedia de Rowan Atkinson, lo vi desentenderse de los límites físicos de su cuerpo para encarnar una versión del más allá que pudiese salvarle de una futura prótesis de cadera.

El zapato salió volando a través de la plaza como intentando dibujar con su trayectoria un arco de iglesia que le permitiese rezar por aterrizar con la seguridad de un arbotante contiguo. Debe ser que el zapato era mucho más devoto que Carles, porque cayó justamente en la bandeja del camarero del bar de enfrente que volvía de servirles el café a unas señoras y que, una vez recuperado del susto, intentó devolver el zapato a su dueño. No hubo manera. Un muro de gaviotas picoteaba la escena y el camarero, que me enteré más tarde de que se llamaba Toni, era incapaz de serpentear el tumulto de vecinos que comían del accidente entre bocanadas de *estáustedbien*, *quenadielolevante*, y *ayudaquealguienllameaunaambulancia*. Se resignó a dejarlo en una silla de estas que escarchan la mirada si hace sol, por fortuna este día era nublado, de una de las mesas vacías más cercanas, y volvió a su trabajo agarrando la bandeja como si fuese el escudo que le quitó sin saber a Carles. Esa mañana Toni no atendió más la terraza.

El zapato quedó ahí abandonado porque a los técnicos de emergencias sanitarias no les extrañó llevar a un hombre descalzo; si se dieron cuenta, que nunca pude comprobarlo, claramente no escaló en la lista de preocupaciones. Así que el zapato permaneció igual de marrón, igual de cerrado, hasta que doña Luisa apareció con la criatura de su hijo amarrado por los dedos. No venía al bar, tenía esperándole en la ventita de al lado unas truchas de batata que había encargado traer desde La Laguna hoy mismo, recién hechas, *muyfrescasmuyfrescas*; y ya que estaba compraba pan y un fisco de chorizo perro para el niño, y preguntaba por Josefa, la madre de Sonia, que si le gustaba la residencia y que cómo iba del catarro, y que si le pone también unos plátanos y 250, no, mejor 300 gramos del queso ese que tiene ahí que se ve bueno. Y Sonia acataba mientras notaba un par de ojos inspeccionarla desde abajo

y escuchaba un *graciasminiñacuántotedebo*. Doña Luisa no se percató, una vez vueltos a la calle, de que su nieto había localizado con ansias el zapato abandonado, y que, al encontrarse con Pili, la encargada de las actividades en el centro cultural, le estaba dando la oportunidad perfecta para hacerse con él.

Se escabulló del agarre en segundos, no fue difícil porque el peso de las bolsas hacía apetecible y liberador poder desprenderse de una mano inquieta, pero no salió directo, esperó, dio pasos cortos, precisos, apenas sonoros. Parecía una misión *top secret*, una inmersión en territorio enemigo, una operación quirúrgica de alto riesgo. Así se fue acercando, como una serpiente mimetizada en la arena, hasta que llegó a la silla plateada y consiguió meter su mano en la cueva marrón. Ya no quedaban testigos del infortunio, así que cuando levantó la cabeza y no escuchó a nadie decirle nada, el infante lo tomó como una señal salida de un *walkie-talkie* que le daba paso para retirarse del campo rival y volver a la base, eso sí, guardando el tesoro tras su espalda.

El zapato fue colocado tras las macetas de Doña Luisa con una vista directa hacia la ventana de la cocina, no vaya a ser que se fuera a escapar, y tuvo que esperar a que los chicharros fuesen fritos, las papas guisadas, el mojo servido, y luego de comidos, los platos fregados y el mantel de plástico con motivos frutales pasado por un trapo húmedo, para que al crío le diesen permiso de salir a jugar y se lo llevase a la playa de abajo.

En la toalla el zapato hacía de peso para que el viento no la moviese, en la arena de pala y cubo, y de rastrillo también, aunque no fuese especialmente útil; además tuvo la oportunidad de probar el agua del atlántico, y cuando la novedad perdió su efecto, quedó relegado al soporte de la construcción contemporánea que estaba amasando el niño. No me extrañó que cuando Doña Luisa llamó a su nieto a merendar, este saliera corriendo pillando la toalla por la esquina, y dejando atrás el zapato que ya no tenía más que ofrecer.

Al anochecer subió la marea. El zapato fue arrastrado por la costa removiendo el suelo marino e incapaz de salir del ciclo de lavado interminable. No se volvió a saber nada más hasta meses después en una recogida voluntaria de basura en una playa más al norte. Se le encontró atascado entre unas piedras, relleno de restos volcánicos pulverizados que brillaban con cada exposición tras la retirada de la ola. De primeras parecía que el zapato no había sufrido más que la desgracia de haber sido obligado a ser un nómada acuático, pero cuando Gara, la hija de Manolo, que se había ido a la universidad a estudiar Bellas Artes, lo levantó para meterlo en la bolsa junto a colillas, botellas y toallitas, se dio cuenta de que el zapato, una vez similar a una vaca Canaria, tenía ahora más pinta de Fleckvieh.

Cuando Pili anunció que el centro cultural acogería la instalación de arte de Gara, *Bañados por mar*, no dudé en aparecerme por allí. Al entrar había un gran mural del Teide visto desde Teno, estaba hecho a partir de tapas, pajitas, y cachos de sillas de plástico. También había tuneras, tajinastes hechos con trozos de redes de pesca, una recreación de las piscinas de bajamar vistas desde arriba usando el interior de las latas para generar reflejos, y al fondo derecho, un diorama del paisaje de la vega lagunera. No me di cuenta al principio porque desde que lo había visto por última vez, había pasado unos tres meses, de hecho, no fue hasta que escuché entrar unos pasos peleando con unas muletas, que identifiqué a esa cabra de Las Mercedes como lo que era, el zapato de Carles.